

Fernando de Rojas

La Celestina

(*texto original*)

ACTO VII

ARGUMENTO DEL SÉTIMO ACTO

Celestina habla con Pármeno, induciéndole a concordia y amistad de Sempronio. Tráele Pármeno a memoria la promesa, que le hiciera, de le hacer haber a Areusa, que él mucho amaba. Vanse a casa de Areusa. Queda ahí la noche Pármeno. Celestina va para su casa. Llama a la puerta. Elicia le viene a abrir, increpándole su tardanza.

PÁRMENO, CELESTINA, AREUSA, ELICIA.

...

AREUSA. ¿Quién anda ahí? ¿Quién sube a tal hora en mi cámara?

CELESTINA. Quien no te quiere mal, cierto; quien nunca da paso, que no piense en tu provecho; quien tiene más memoria de ti, que de sí mesma: una enamorada tuya, aunque vieja.

AREUSA. ¡Válala el diablo a esta vieja, con qué viene como huestantigua a tal hora! Tía, señora, ¿qué buena venida es esta tan tarde? Ya me desnudaba para acostar.

CELESTINA. ¿Con las gallinas, hija? Así se hará la hacienda. ¡Andar!, ¡pase! Otro es el que ha de llorar las necesidades, que no tú. Hierba pace quien lo cumple. Tal vida quienquiera se la quería.

AREUSA. ¡Jesú! Quiérome tornar a vestir, que he frío.

CELESTINA. No harás, por mi vida; si no éntrate en la cama, que desde allí hablaremos.

AREUSA. Así goce de mí, pues que lo he bien menester, que me siento mala hoy todo el día. Así que necesidad, más que vicio, me hizo tomar con tiempo las sábanas por faldetas.

CELESTINA. Pues no estés asentada; acuéstate y métete debajo de la ropa, que pareces serena.

AREUSA. Bien me dices, señora tía.

CELESTINA. ¡Ay como huele toda la ropa en bulléndote! ¡A osadas, que está todo a punto! Siempre me pagué de tus cosas y hechos, de tu limpieza y atavío. ¡Fresca que estás! ¡Bendígate Dios! ¡Qué sábanas y colcha! ¡Qué almohadas! ¡Y qué blancura! Tal sea mi vejez, cuál todo me parece perla de oro. Verás si te quiere bien quien te visita a tales horas. Déjame mirarte toda, a mi voluntad, que me huelgo.

AREUSA. ¡Paso, madre, no llegues a mí, que me haces cosquillas y provócasme a reír y la risa acreciéntame el dolor.

CELESTINA. ¿Qué dolor, mis amores? ¿Búrlaste, por mi vida, conmigo?

AREUSA. Mal gozo vea de mí, si burlo; sino que ha cuatro horas, que muero de la madre, que la tengo subida en los pechos, que me quiere sacar deste mundo. Que no soy tan vieja como piensas.

CELESTINA. Pues dame lugar, tentaré. Que aun algo sé yo deste mal por mi pecado, que cada una se tiene o ha tenido su madre y sus zozobras della.

AREUSA. Más arriba la siento, sobre el estómago.

CELESTINA. ¡Bendígate Dios y señor Sant Miguel, ángel! ¡Y qué gorda y fresca que estás! ¡Qué pechos y qué gentileza! Por hermosa te tenía hasta ahora, viendo lo que todos podían ver; pero ahora te digo que no hay en la ciudad tres cuerpos tales como el

tuyo, en cuanto yo conozco. No parece que hayas quince años. ¡O quién fuera hombre y tanta parte alcanzara de ti para gozar tal vista! Por Dios, pecado ganas en no dar parte de estas gracias a todos los que bien te quieren. Que no te las dio Dios para que pasasen en balde por la frescor de tu juventud debajo de seis dobles de paño y lienzo. Cata que no seas avarienta de lo que poco te costó. No atesores tu gentileza. Pues es de su natura tan comunicable como el dinero. No seas el perro del hortelano. Y pues tú no puedes de ti propia gozar, goce quien puede. Que no creas que en balde fuiste criada. Que, cuando nace ella, nace él y, cuando él, ella. Ninguna cosa hay criada al mundo superflua ni que con acordada razón no proveyese della natura. Mira que es pecado fatigar y dar pena a los hombres, pudiéndolos remediar.

AREUSA. Alábame ahora, madre, y no me quiere ninguno. Dame algún remedio para mi mal y no estés burlando de mí.

CELESTINA. Deste tan común dolor todas somos, ¡mal pecado!, maestras. Lo que he visto a muchas hacer y lo que a mí siempre aprovecha, te diré. Porque como las calidades de las personas son diversas, así las melecinas hacen diversas sus operaciones y diferentes. Todo olor fuerte es bueno, así como poleo, ruda, ajenjos, humo de plumas de perdiz, de romero, de mosquete, de incienso. Recibido con mucha diligencia, aprovecha y afloja el dolor y vuelve peco a poco la madre a su lugar. Pero otra cosa hallaba yo siempre mejor que todas y ésta no te quiero decir, pues tan santa te me haces.

AREUSA. ¿Qué, por mi vida, madre? Vesme penada ¿y encúbresme la salud?

CELESTINA. ¡Anda, que bien me entiendes, no te hagas boba!

AREUSA. ¡Ya!, ¡ya! Mala landre me mate, si te entendía. ¿Pero qué quieres que haga? Sabes que se partió ayer aquel mi amigo con su capitán a la guerra. ¿Había de hacerle ruindad?

CELESTINA. ¡Verás y qué daño y qué gran ruindad!

AREUSA. Por cierto, sí sería. Que me da todo lo que he menester, tiéneme honrada, favoréceme y trátame como si fuese su señora.

CELESTINA. Pero aunque todo eso sea, mientras no parieres, nunca te faltará este mal y dolor que ahora, de lo cual él debe ser causa. Y si no crees en dolor, cree en color, y verás lo que viene de su sola compañía.

AREUSA. No es sino mi mala dicha. Maldición mala, que mis padres me echaron. ¿Qué, no está ya por probar todo eso? Pero dejemos eso, que es tarde y dime a qué fue tu buena venida.

CELESTINA. Ya sabes lo que de Pármemo te hube dicho. Quéjase que aun verle no te quieres. No sé porqué, sino porque sabes que le quiero yo bien y le tengo por hijo. Pues por cierto, de otra manera miro yo tus cosas, que hasta tus vecinas me parecen bien y se me alegra el corazón cada vez que las veo, porque se que hablan contigo.

AREUSA. ¿No vives, tía señora, engañada?

CELESTINA. No lo sé. A las obras creo; que las palabras, de balde las venden dondequiera. Pero el amor nunca se paga sino con puro amor y a las obras con obras. Ya sabes el deudo, que hay entre ti y Elicia, la cual tiene Sempronio en mi casa. Pármemo y él son compañeros, sirven a este señor, que tú conoces y por quien tanto favor podrás tener. No niegues lo que tan poco hacer te cuesta. Vosotras, parientas; ellos, compañeros: mira cómo viene mejor medido, que lo queremos. Aquí viene conmigo. Verás si quieres que suba.

AREUSA. ¡Amarga de mí, si nos ha oído!

CELESTINA. No, que abajo queda. Quiérole hacer subir. Reciba tanta gracia, que le conozcas y hables y muestres buena cara. Y si tal te pareciere, goce él de ti y tú de él. Que, aunque él gane mucho, tú no pierdes nada.

AREUSA. Bien tengo, señora, conocimiento cómo todas tus razones, estas y las pasadas, se enderezan en mi provecho; pero, ¿cómo quieres que haga tal cosa, que tengo a quien dar cuenta, como has oído y, si soy sentida, matarme ha? Tengo vecinas envidiosas.

Luego lo dirán. Así que, aunque no haya más mal de perderle, será más que ganaré en agradar al que me mandas.

CELESTINA. Eso, que temes, yo lo proveo primero, que muy paso entrambos.

AREUSA. No lo digo por esta noche, sino por otras muchas.

CELESTINA. ¿Cómo? ¿Y desas eres? ¿Desa manera te tratas? Nunca tú harás casa con sobrado. Ausente le has miedo; ¿qué harías, si estuviese en la ciudad? En dicha me cabe, que jamás ceso de dar consejo a bobos y todavía hay quien yerre; pero no me maravillo, que es grande el mundo y pocos los experimentados. ¡Ay!, ¡ay!, hija, si vieses el saber de tu prima y qué tanto le ha aprovechado mi crianza y consejos y qué gran maestra está. Y aun ¡que no se halla ella mal con mis castigos! Que uno en la cama y otro en la puerta y otro, que suspira por ella en su casa, se precia de tener. Y con todos cumple y a todos muestra buena cara y todos piensan que son muy queridos y cada uno piensa que no hay otro y que él solo es privado y él solo es el que le da lo que ha menester. ¿Y tú piensas que con dos, que tengas, que las tablas de la cama lo han de descubrir? ¿De una sola gotera te mantienes? ¡No te sobrarán muchos manjares! ¡No quiero arrendar tus escamochos! Nunca uno me agradó, nunca en uno puse toda mi afición. Más pueden dos y más cuatro y más dan y más tienen y más hay en qué escoger. No hay cosa más perdida, hija, que el mur, que no sabe sino un horado. Si aquel le tapan, no habrá donde se esconda del gato. Quien no tiene sino un ojo, ¡mira a cuanto peligro anda! Una alma sola ni canta ni llora; un solo acto no hace hábito; un fraile solo pocas veces lo encontrarás por la calle; una perdiz sola por maravilla vuela mayormente en verano; un manjar solo continuo presto pone hastío; una golondrina no hace verano; un testigo solo no es entera fe; quien sola una ropa tiene, presto la envejece. ¿Qué quieres, hija, deste número de uno? Más inconvenientes te diré de él, que años tengo acuestas. Ten siquiera dos, que es compañía loable y tal cual es éste: como tienes dos orejas, dos pies y dos manos, dos sábanas en la cama; como dos camisas para remudar. Y si más quisieres, mejor te irá, que mientras más moros, más ganancia; que honra sin provecho, no es sino como anillo en el dedo. Y pues entrambos no caben en un saco, acoge la ganancia. -Sube, hijo Pármene.

AREUSA. ¡No suba! ¡Landre me mate!, que me fino de empacho, que no le conozco. Siempre hube vergüenza de él.

CELESTINA. Aquí estoy yo que te la quitaré y cubriré y hablaré por entrambos: que otro tan empachado es él.

PÁRMENO. Señora, Dios salve tu graciosa presencia.

AREUSA. Gentilhombre, buena sea tu venida.

CELESTINA. Llégate acá, asno. ¿Adónde te vas allá asentar al rincón? No seas empachado, que al hombre vergonzoso el diablo le trajo a palacio. Oídme entrambos lo que digo. Ya sabes tú, Pármene amigo, lo que te prometí, y tú, hija mía, lo que te tengo rogado. Dejada aparte la dificultad con que me lo has concedido, pocas razones son necesarias, porque el tiempo no lo padece. Él ha siempre vivido penado por ti. Pues. viendo su pena, sé que no le querrás matar y aun conozco que él te parece tal, que no será malo para quedarse acá esta noche en casa.

AREUSA. Por mi vida, madre, que tal no se haga; ¡Jesú!, no me lo mandes.

PÁRMENO. Madre mía, por amor de Dios, que no salga yo de aquí sin buen concierto. Que me ha muerto de amores su vista. Ofrécele cuanto mi padre te dejó para mí. Dile que le dará cuanto tengo. ¡Ea!, díselo, que me parece que no me quiere mirar.

AREUSA. ¿Qué te dice ese señor a la oreja? ¿Piensa que tengo de hacer nada de lo que pides?

CELESTINA. No dice, hija, sino que se huelga mucho con tu amistad, porque eres persona tan honrada y en quien cualquier beneficio cabrá bien. Y asimismo que, pues que esto por mi intercesión se hace, que él me promete de aquí adelante ser muy amigo de

Sempronio y venir en todo lo que quisiere contra su amo en un negocio, que traemos entre manos. ¿Es verdad, Pármene? ¿Prometeslo así como digo?

PÁRMENO. Sí prometo, sin duda.

CELESTINA. ¡Ha, don ruin!, palabra te tengo, a buen tiempo te así. Llégate acá, negligente, vergonzoso, que quiero ver para cuánto eres, ante que me vaya. Retózala en esta cama.

AREUSA. No será él tan descortés, que entre en lo vedado sin licencia.

CELESTINA. ¿En cortesías y licencias estás? No espero más aquí yo, fiadora que tú amanezcas sin dolor y él sin color. Mas como es un putillo, gallillo, barbiponiente, entiendo que en tres noches no se le demude la cresta. Destos me mandaban a mí comer en mi tiempo los médicos de mi tierra, cuando tenía mejores dientes.

AREUSA. Ay, señor mío, no me trates de tal manera; ten mesura por cortesía; mira las canas de aquella vieja honrada, que están presentes; quítate allá, que no soy de aquellas que piensas; no soy de las que públicamente están a vender sus cuerpos por dinero. Así goce de mí, de casa me salga, si hasta que Celestina mi tía sea ida a mi ropa tocas.

CELESTINA. ¿Qué es eso, Areusa? ¿Qué son estas extrañezas y esquividad, estas novedades y retraimiento? Parece, hija, que no sé yo qué cosa es esto, que nunca vi estar mi hombre con una mujer juntos y que jamás pasé por ello ni gocé de lo que gozas y que no sé lo que pasan y lo que dicen y hacen. ¡Guay de quien tal oye como yo! Pues avisote, de tanto, que fui errada como tú y tuve amigos; pero nunca el viejo ni la vieja echaba de mi lado ni su consejo en público ni en mis secretos. Para la muerte que a Dios debo, más quisiera una gran bofetada en mitad de mi cara. Parece que ayer nací, según tu encubrimiento. Por hacerte a ti honesta, me haces a mí necia y vergonzosa y de poco secreto y sin experiencia o me amenguas en mi oficio por alzar a ti en el tuyo. Pues de cosario a cosario no se pierden sino los barriles. Más te alabo yo detrás, que tú te estimas delante.

AREUSA. Madre, si erré haya perdón y llégate mas acá y él haga lo que quisiere. Que más quiero tener a ti contenta, que no a mí; antes me quebraré un ojo que enojarte.

CELESTINA. No tengo ya enojo; pero dígotelo para adelante. Quedaos adiós, que voime solo porque me hacés dentera con vuestro besar y retojar. Que aun el sabor en las encías me quedó: no le perdí con las muelas.

AREUSA. Dios vaya contigo.

PÁRMENO. Madre, ¿mandas que te acompañe?

CELESTINA. Sería quitar a un santo para poner en otro. Acompáñeos Dios; que yo vieja soy, que no he temor que me fuercen en la calle.

ELICIA. El perro ladra. ¿Si viene este diablo de vieja?

CELESTINA. Tha, tha, tha.

ELICIA. ¿Quién es? ¿Quién llama?

CELESTINA. Bájame abrir, hija.

ELICIA. ¿Estas son tus venidas? Andar de noche es tu placer. ¿Por qué lo haces? ¿Qué larga estada fue ésta, madre? Nunca sales para volver a casa. Por costumbre lo tienes. Cumpliendo con uno, dejas ciento descontentos. Que has sido hoy buscada del padre de la desposada, que levaste el día de pascua al racionero; que la quiere casar de aquí a tres días y es menester que la remedies, pues que se lo prometiste, para que no sienta su marido la falta de la virginidad.

CELESTINA. No me acuerdo, hija, por quien dices.

ELICIA. ¿Cómo no te acuerdas? Desacordada eres, cierto. ¡O como caduca la memoria! Pues, por cierto, tú me dijiste, cuando la llevabas, que la habías renovado siete veces.

CELESTINA. No te maravilles, hija, que quien en muchas partes derrama su memoria, en ninguna la puede tener. Pero, dime si tornará.

ELICIA. ¡Mira si tornará! Tiénete dada una manilla de oro en prendas de tu trabajo ¿y no había de venir?

CELESTINA. ¿La de la manilla es? Ya sé por quien dices. ¿Por qué tú no tomabas el aparejo, y comenzabas a hacer algo? Pues en aquellas tales te habías de avezar y probar, de cuantas veces me lo has visto hacer. Si no, ahí te estarás toda tu vida, fea bestia sin oficio ni renta. Y cuando seas de mi edad, llorarás la holgura de ahora. Que la mocedad ociosa acarrea la vejez arrepentida y trabajosa. Hacíalo yo mejor, cuando tu abuela, que Dios haya, me mostraba este oficio: que a cabo de un año, sabía más que ella.

ELICIA. No me maravillo, que muchas veces, como dicen, al maestro sobrepuja el buen discípulo. Y no va esto, sino en la gana con que se aprende. Ninguna ciencia es bien empleada en el que no le tiene afición. Yo le tengo a este oficio odio; tú mueres tras ello.

CELESTINA. Tú te lo dirás todo. Pobre vejez quieres. ¿Piensas que nunca has de salir de mi lado?

ELICIA. Por Dios, dejemos enojo y al tiempo el consejo. Hayamos mucho placer. Mientras hoy tuviéremos de comer, no pensemos en mañana. También se muere el que mucho allega como el que pobremente vive y el doctor como el pastor y el papa como el sacristán y el señor como el siervo y el de alto linaje como el bajo y tú con oficio como yo sin ninguno. No hemos de vivir para siempre. Gocemos y holguemos, que la vejez pocos la ven y de los que la ven ninguno murió de hambre. No quiero en este mundo, sino día y victo y parte en paraíso. Aunque los ricos tienen mejor aparejo para ganar la gloria, que quien poco tiene. No hay ninguno contento, no hay quien diga: hartó tengo; no hay ninguno, que no trocase mi placer por sus dineros. Dejemos cuidados ajenos y acostémonos, que es hora. Que más me engordará un buen sueño sin temor, que cuanto tesoro hay en Venecia.